

en el año 43 la colonia Raurica (Augst), en la posición, tan importante bajo el punto de vista estratégico, que domina el Rin, es decir, en la actual Basilea, y la de Lugdunum (Lyon), en la confluencia del Saona y del Loira. Desgraciadamente el ardiente entusiasmo del partido republicano-pompeyano le alucinó de tal manera, que creyó posible y conforme con las necesidades de los tiempos, la destrucción de toda la obra de César y el restablecimiento de la antigua soberanía de los optimates. Entonces, no comprendiendo los grandes talentos de aquel niño llamado Octaviano, se comenzó á prescindir de él, tratando de minar vilmente su situación. A Décimo Bruto, no á Octaviano, se confió el mando de las tropas del cónsul muerto en Mutina, y se dió la misión, comenzada por Octaviano desde el 29 de abril, de perseguir los restos del ejército de Antonio (unos 5,000 caballos y una legión) que habían huido hácia el Oeste y de aniquilarlos con auxilio de Lépido y de Planco. Mas doloroso fué todavía para Octaviano y para los verdaderos cesarianos, el hecho de que el Senado reconociera formalmente la situación de Sexto Pompeyo y le confiara el mando supremo de las fuerzas marítimas.

Todos estos hechos, el proyecto de poner sus legiones á las órdenes de Décimo Bruto, la tentativa del Senado de arrebatarle sus mejoras tropas, y otros actos parecidos del partido republicano-pompeyano, hicieron aparecer clara ante los ojos del joven general, la verdadera situación. Pero su sangre fría, su astucia, el perfecto conocimiento de cuanto á sus intereses personales convenía y el espíritu de sus soldados, cesarianos por completo, hicieron infructuosas todas las maniobras de los optimates. Octaviano, que ya no tenía interés alguno en aniquilar completamente á Antonio, permaneció quieto en Mutina, sin seguir los movimientos de Décimo Bruto: lo que le importaba era dejar que los acontecimientos se desarrollaran y procurarse aliados para la lucha que habría de librar contra sus naturales enemigos, los republicanos y los pompeyanos. Poco tiempo tardaron los opuestos partidos de Roma en tomar otra vez su respectiva posición. La astuta inercia de Octaviano salvó á Antonio de una completa ruina; pues permitió tranquilamente que un legado de Antonio, P. Ventidio de Piceno (que, en tiempo de César, de simple mozo de mulas había sido elevado á la dignidad de senador y despues nombrado pretor para el año 43) se uniese, con tres legiones de refuerzo, á Antonio en las costas de Savona, en 5 de mayo del año 43. En tales circunstancias, y despues de algunas demostraciones hechas por ambos beligerantes en la alta comarca del Po, pactóse un armisticio entre Décimo y Antonio. Mientras el primero reforzaba su ejército hasta diez legiones y se preparaba á atravesar los Alpes por el pequeño San Bernardo, el segundo llegó á la provincia narbonense, con el intento de ponerse de acuerdo con Lépido y Planco, para luego, con el auxilio de estos, reanudar la guerra contra Décimo, contra el Senado, y, segun él creía, contra Octaviano. Lépido y Planco, que entonces eran considerados como fieles amigos del Senado, habían puesto en movimiento sus tropas en dirección á los Alpes, con intención, al parecer, de atacar á Antonio. Lépido se encontraba, en 7 de mayo, en el campamento de Forum Voconii (Vidauban) con siete legiones, y Planco, que había pasado, á fines de abril, con cuatro legiones el Ródano, junto á Viena, se detuvo en el territorio de los allobroges y se puso en próxima comunicación con Lépido. De estos dos generales, solo Planco era afecto al Senado, pues Lépido, que, como antiguo cesariano, se sentía interiormente inclinado hácia Antonio, sostuvo un astuto juego de intrigas, y por último, cuando Antonio, procedente de Freyus, se aproximó en 22 de mayo á su campamento y los sol-

dados de una y otra parte comenzaron á fraternizar, se dejó obligar de buena gana por su ejército á pasarse al bando de Antonio, en 29 del propio mes. Planco hubo entonces de retroceder precipitadamente, y unirse, en 9 de junio, con Décimo Bruto en las cercanías de Lyon. Sus 14 legiones, sin embargo, eran en disciplina muy inferiores á las del enemigo, de suerte que el Senado, que en 30 de junio declaró proscrito á Lépido, hubo de procurar, con gran cuidado, dotarlas de nuevos refuerzos.

Mientras de esta manera se reunían cada vez mayores fuerzas al Este del Adriático y al Oeste de los Alpes, y se aproximaba cada vez mas una grande y reñida lucha entre los caudillos militares para decidir el porvenir de la nación, intervino en los sucesos desde la Alta Italia el astuto Octaviano, con el objeto de humillar al Senado y de crearse, entre los grandes generales de los distintos partidos, una fuerte posición militar. A este fin, envió á Roma una diputación exigiendo el consulado, para entrar de esta suerte en posesión del legítimo poder del Estado; y habiendo el Senado rechazado sus pretensiones, se dirigió con ocho legiones contra Roma. Tres legiones que estaban á la disposición del Senado y que este había enviado contra él, se pasaron á su bando, á consecuencia de lo cual, aquella alta asamblea, completamente desarmada, no tuvo mas recurso que sufrir que su joven enemigo y uno de sus parientes, Q. Pedio, fuesen elegidos cónsules para el resto del año 43. Entonces Octaviano pudo dar á luz los planes que había concebido: penetró en Roma, hizo que su adopción fuese ratificada en toda forma, cumplió en todas sus partes el testamento de César, hizo acusar, en virtud de la *lex Pedia*, á todos los asesinos de César, los sentenció *in contumaciam*, levantó el destierro de Dolabella y condenó en rebeldía al ausente Sexto Pompeyo. Hecho esto, dirigióse hácia el Norte para salir al encuentro de Antonio y de Lépido; pero la intención con que hacia esta salida la comprendieron muy pronto con espanto la capital y los republicanos y pompeyanos del Senado. Apenas las once legiones del joven cónsul habían pasado el Tíber, Q. Pedio, por su orden, levantó el destierro de Antonio y de Lépido.

La capital y el Senado esperaron, llenos de la mayor angustia, el desenvolvimiento de los sucesos, que fué mas terrible de lo que hubieron podido temer los mayores pesimistas. Al tener noticia de lo acontecido en Roma, el gobernador de España, Asinio Pollion, que hasta entonces se había contenido por antipatía hácia Antonio, condujo á principios de setiembre, desde los Pirineos, su ejército al campamento de Antonio y Lépido. Planco, en vista de esto, no se atrevió á sostener por mas tiempo la causa del Senado, se separó de Décimo Bruto y se pasó á los antonianos. Décimo Bruto no hallando en su situación crítica otro medio de salvación, abandonó á toda prisa la Galia y huyó á Eporodia (Ivrea) en la Alta Italia, proponiéndose marchar por Aquilea hácia Macedonia, para reunirse con Marco Bruto. Pero cuando, para no encontrarse con Octaviano, prefirió arrojarse sobre las comarcas de los Alpes, sus tropas, á excepcion de una division de caballería celta, le abandonaron y se pasaron á Antonio, pereciendo él al poco tiempo á manos de un traidor caudillo, antiguo amigo suyo.

XI.—EL SEGUNDO TRIUNVIRATO. LAS PROSCRIPCIONES. TERRIBLE SITUACION DE ITALIA

Cuando Antonio, como señor y general de todas las fuerzas de Occidente, y al frente de 17 legiones, regresó á la Alta Italia, encontróse con que Octaviano, que con sus 11 legiones difícilmente podia aceptar el combate contra fuerzas

superiores, estaba dispuesto á entrar con él en tratos. Lépido sirvió de mediador, y llegaron por fin á celebrarse conferencias en las cercanías de Bononia, entre los tres principales caudillos. Estas conferencias, que en un principio se celebraron con gran desconfianza por parte de todos y en medio de las mayores precauciones, se tuvieron en una pequeña isla de un rio que corria junto á Bononia (el Lavinio ó el Rhen). Las negociaciones entabladas desde el 27 al 29 de octubre del año 43 condujeron á un perfecto acuerdo. Los tres caudillos formaron entre sí una estrecha alianza que acogieron con entusiasmo las tropas, compuestas en su mayor parte de antiguos cesarianos, y de la cual resultó el enlace de Octaviano con Clodia, hijastra de Antonio.

Las decisiones principales del convenio fueron las siguientes: Antonio, Octaviano y Lépido constituyeron por cinco años, «un triunvirato para la organización del Estado,» es decir, se adjudicaron en comun por cinco años el poder supremo de la nación. Los cargos públicos se dejaron subsistentes, pero desempeñados por los triunviros, los cuales se repartieron los territorios romanos del Occidente de modo que á Lépido se dieron la España y la provincia Narbonense, á Antonio la Galia cisalpina y la Alta Italia, y á Octaviano el Africa, la Sicilia y la Cerdeña. Antonio y Octaviano debían además, con 20 legiones, entre ellas siete de Lépido, hacer la guerra contra los republicanos de Oriente. Octaviano cedió, para lo que quedaba de año, el consulado á Ventidio, y para el año 42 se acordó nombrar cónsules á Lépido y Planco.

Era necesario contentar á los soldados, á quienes se habían hecho grandes promesas, y aprestar cuantiosas sumas para los preparativos de la nueva guerra. Para conseguir esto, arbitróse un medio que ofrecía al propio tiempo la ventaja de cortar el nervio vital al partido republicano-pompeyano. Los herederos de César ejecutaron en la infeliz Italia lo que la ciega locura de sus enemigos había temido que él hiciera; en efecto, renovóse entonces el cruel sistema de proscripciones, iniciado por Sila; pero la conducta de los triunviros fué mas abominable é indigna que la de aquel optimato. Antonio era el único que en algunos casos se entregaba á su sed de venganza; pero la ambición y la fría razón de Estado inspiraban á los tres personajes sanguinarios. Y como en este punto coincidían los intereses de los tres rivales, realizóse entre ellos un escandaloso comercio, cuyo objeto eran las cabezas de los hombres mas importantes de Roma y de la península, y en virtud del cual, aquellos tres verdugos y sus hechuras se entregaron mutuamente las cabezas de sus propios partidarios, parientes y oficiales: solo Antonio dejó escapar á su tío Lucio César, y Lépido á su hermano L. Emilio Paulo. La antigua y temible dureza romana demostró en aquellas circunstancias de un modo horroroso que nada había perdido, de su energía cruel y despiadada, á pesar de la degradación de la época. El cónsul Pedio recibió la orden de ejecutar en seguida en Roma y por primera providencia 17 víctimas.

Cuando, á principios de noviembre, y terminadas las negociaciones, los ejércitos de los triunviros se dirigieron á la capital, Pedio murió de indignación y de terror al saber cuáles eran los planes concebidos. Los tres gobernantes penetraron entonces en Roma con tres legiones; hicieron que, segun costumbre, el pueblo ratificara el nuevo poder que ellos mismos se habían dado y comenzaron á ejercer de derecho sus funciones de triunviros en 27 de noviembre, inaugurando las listas de proscripción. El número de senadores condenados se calcula que fué de 300 y el de caballeros de 200: la sangrienta caza comenzó por toda Italia, sirviendo de verdugos los oficiales de las legiones, puestos al frente de algunos

destacamentos. Cada asesino voluntario de origen libre recibía por cabeza 25,000 denarios, y cada esclavo 10,000 y además la libertad, prohibiéndose bajo pena de la vida que nadie prestara auxilio á un proscrito. Los cadáveres de las víctimas debían ser arrojados al Tíber ó despedazados por las fieras, y las cabezas expuestas, segun antigua usanza de estas revoluciones romanas, en la tribuna del Foro. De esta suerte se extendió por toda la Italia una horrible matanza, cuyos horrores solo se vieron interrumpidos por los ejemplos de abnegación y de fidelidad, que ofrecieron algunos parientes y aun esclavos de los condenados. El sacrificio mas notable y mas censurado de estas horribles matanzas, fué el de Ciceron, que se vió naturalmente perseguido por su mortal enemigo Antonio y por su cruel esposa Fulvia, que se había visto varias veces objeto de la mordacidad del ilustre orador. El infeliz fugitivo fué alcanzado por los verdugos de Antonio en su granja del campo formiano, cerca de Cayeta, en 7 de diciembre del año 43; su cabeza fué pagada con el décuplo del precio estipulado, y Fulvia, en su salvaje venganza, clavó las agujas con que adornaba sus cabellos en la lengua de la odiada víctima.

Pero los males de Italia todavía no habían tocado á su término; los recursos pecuniarios que necesitaban los triunviros para pagar á sus soldados y llevar á cabo sus nuevas empresas, no habían sido del todo cubiertos por las proscripciones; así es que para hacer efectivos los 200 millones de denarios que faltaban, la península hubo de verse aislada por todas las exacciones fiscales posibles, de las cuales, esta vez no escaparon, como era costumbre, las mujeres. En una palabra, los herederos y vengadores de César trataron á su patria como los gobernadores romanos trataban á las provincias sujetas á vasallaje, y no impidieron que sus soldados se entregaran públicamente al robo, á la depredación y á la violencia, en perjuicio de la población itálica. La emigración tomó, en su consecuencia, en Italia, extraordinarias proporciones; pues el que podia abandonar aquellas comarcas malditas, se refugiaba en Macedonia ó en Sicilia, donde se había establecido el atrevido Sexto Pompeyo, cuya fuerte escuadra prestó mas de una vez auxilio á los enemigos de los triunviros.

XII.—BRUTO Y CASIO. BATALLA DE FILIPI

En aquel mismo tiempo, en que Italia tenía mas razón que nunca para llorar la infame muerte de César, acabóse también el bienestar de no pocos puntos del Oriente romano, á consecuencia de los preparativos que hicieron los republicanos para la última campaña contra los sucesores de César. Bruto y Casio habían robustecido desde el año 43 su situación, comenzando Bruto por seguir el ejemplo dado por César en el año 44, de mandar poner su efigie, en vez del busto del dios, en el anverso de las monedas que por orden suya se acuñaron, lo cual imitaron naturalmente á su vez Antonio y Octaviano. Durante la primera mitad del verano, Bruto había adiestrado las ocho legiones que componían su ejército, emprendiendo una lucha contra los tracios. Casio fué tan afortunado, que logró encerrar en la ciudad de Laodicea á Dolabella, que había conseguido penetrar en Siria, y despues de un largo bloqueo, que comenzó en 23 de mayo, le obligó á darse la muerte durante el siguiente verano. Apelando á todas las fuerzas vivas de las provincias, los reyes vasallos y los aliados romanos de Oriente consiguieron facilitar á los republicanos las cantidades necesarias y poner en pié de guerra un ejército, que contaba mas de 21 legiones y de 20,000 caballos, cuando Bruto y Casio se presentaron en setiembre ó octubre del año 43 en Smirna para celebrar un

consejo general. La misma antigua amante de César, la egipcia Cleopatra que en el año 46 había ido á Roma y que despues de la violenta muerte de César había regresado, presa de la mayor afliccion, al Delta, procurando proteger á Dolabella, se había visto obligada á permitir que una parte de sus buques de guerra, anclados en Chipre, se uniesen á Casio. El prudente consejo de Bruto de dirigirse con todas sus fuerzas al mar Jónico, lo cual hubiera permitido la comunicacion inmediata con las fuerzas marítimas de Pompeyo, no se llevó á cabo por la resistencia de Casio, que quería ante todo acabar con los últimos elementos cesarianos del Asia. Entonces Bruto atacó á los rebeldes licios, los cuales, despues de ver destruida la ciudad de Xanto, que se defendió heroicamente, y tomada la de Patara, se sometieron á la voluntad del vencedor. Casio, por su parte, exigió la sumision incondicional de los rodios, y al ver que estos se negaban á sus exigencias, les obligó á rendirse á discrecion, despues de una corta pero reñida lucha. Muertes, confiscaciones, cesion de la escuadra rodia, tales fueron los males que pesaron sobre la isla, la cual, además de perder su bienestar, hubo de pagar á los republicanos mas de 195 millones de reales. Cuando á principios del año 42, Bruto y Casio, que entonces tuvieron tambien ocasion para crucificar al maestro Teodoto (el que había aconsejado el asesinato de Pompeyo), se presentaron de nuevo en Sardes, se aprestaron para la lucha con los cesarianos. El jefe de su escuadra, L. Stacio Murco, maniobraba ya en las aguas griegas, mientras los triunviros titubeaban todavia y comenzaban una guerra poco afortunada contra la isla de Sicilia. Durante el otoño del año 42 la península de los Balkanes fué por segunda vez en aquel siglo teatro de la guerra civil entre romanos. Los republicanos salieron de Sardes en direccion al Helesponto, que atravesaron junto á Abidos, para seguir luego la gran vía militar que se dirigia al Oeste, pasando por las costas septentrionales del mar Egeo. Entre tanto, Antonio y Octaviano enviaron á sus legados Cayo Norbano y Decidio Saxa, con ocho legiones, hácia el Adriático. Estos se apoderaron de la ciudad de Filipos, en el Sudeste de la Macedonia, y de los importantes pasos que al Este se encontraban en la comarca de los sapeos. Cuando Bruto y Casio se presentaron delante de aquellas inexpugnables posiciones, consiguieron, con el auxilio de un caudillo indígena tracio, y por medio de un hábil rodeo, desalojar de ellas á los cesarianos, conquistándolas á su vez importantísimas junto á Filipos y estableciéndose en ellas con 19 legiones, ó sean, 80,000 hombres, con 12,000 jinetes y con el contingente de Deyotaro, mandado por Amintas, que se componia de fuerzas de infantería y de 5,000 caballos. Pronto llegaron los ejércitos de Antonio y Octaviano compuestos de 19 legiones completas y solos 13,000 jinetes, que tomaron posicion á 24 minutos del campamento enemigo. Los republicanos dominaban el mar y tenian detrás de sí un país rico, al paso que los cesarianos veían difícil su aprovisionamiento, ya por encontrarse en unos cantones greco-macedónicos poco fértiles, ya porque la escuadra enemiga les dificultaba las comunicaciones con Italia. Por lo mismo los jefes republicanos procuraron acertadamente prolongar todo lo posible la lucha, sin empeñar ninguna accion de importancia.

Pero al fin, Marco Antonio, que en esta ocasion demostró nuevamente su actividad, su energía y sus dotes de general, consiguió atraer al enemigo á una batalla decisiva, y obtuvo una brillante victoria sobre las tropas de Casio, al mismo tiempo que Bruto derrotaba el ala izquierda de los cesarianos; la de Octaviano, que entonces se encontraba enfermo, apoderándose de su campamento. La funesta precipitacion de Casio fué esta vez causa de que los republica-

nos perdiesen inútilmente á su valeroso caudillo, pues, tomando por enemigos á los jinetes que á toda prisa iban á comunicarle la victoria de Bruto, hizose dar muerte por uno de sus fieles esclavos para no caer prisionero de los supuestos cesarianos. Esto no obstante, la situacion de los triunviros, despues de la semi-victoria, no dejaba de ser critica; en efecto, los almirantes republicanos, Murco y Domicio Eno-barbo, les apresaron en el Adriático los refuerzos que en tropas y en viveres les enviaban de Italia.

En cambio, Amintas, despues de la muerte de Casio, había abandonado la causa de los republicanos, pasándose con su contingente á las filas de Antonio. Bruto no podia, dadas las condiciones atmosféricas que cada vez se le mostraban mas desfavorables, contener la impaciencia y el afan de luchar de sus tropas, todo el tiempo que él hubiera querido: sus mismos veteranos distaban mucho de valer lo que los de los triunviros, y como estos habían hecho á sus soldados la infame promesa de concederles, caso de conseguir la victoria, diez y ocho de las mas ricas ciudades de Italia, los republicanos preveían para el propio caso el saqueo de Tesalónica y de Esparta, que se habían pasado á Octaviano. Cuando veinte dias despues de la primera batalla, los veteranos de Bruto le obligaron á intentar un golpe decisivo, que comenzó, contra la voluntad del general, por un combate nocturno, librado contra una avanzada enemiga, Bruto consiguió con su ala derecha una victoria; pero los terribles ataques que Antonio dirigia contra el ala izquierda, destruyeron todo su plan, debiendo el último general de los republicanos huir desesperadamente de noche, con cuatro legiones, hácia las montañas del Norte, perseguido por el triunviro. Cuando, á la mañana siguiente, los soldados se negaron á continuar la lucha, Bruto, cuya orgullosa esposa se había suicidado hácia poco tiempo, suicidio heroico que ha sido para las posteriores generaciones la imágen poética de la decadencia de la república, no quiso sobrevivir á la ruina de sus ideales é imitó el ejemplo de su suegro el austero Caton. Con él diéronse voluntariamente la muerte los mas notables republicanos de su séquito, y sus tropas, conducidas por Valerio Mesala Corvino, capitularon bajo la promesa de una amnistia. La lucha hasta entonces no había presentado caracteres de crueldad para con los prisioneros, pero en aquella ocasion fueron condenados á muerte los principales oficiales; Antonio, que en sus actos daba á veces cabida á la magnanimidad, no se mostró aquella vez tan duro como Octaviano, que siempre obraba impulsado por la razon de Estado.

La espantosa derrota del último ejército republicano en Filipos, que coincidió con la represion de un movimiento idéntico que tomaba gran incremento en el Africa, había, por decirlo así, confirmado en última instancia el veredicto que en Farsalia y Thapsos había pronunciado el dios de las batallas acerca del porvenir del Estado romano. Desgraciadamente, sin embargo, no había aun terminado la era de las guerras civiles; pues no solo quedaba por vencer Sexto Pompeyo, al cual se unieron entonces muchos fugitivos de macedonios, sino que, y esto era lo mas funesto, cualquier hombre previsor podia adivinar las disensiones que habían de dividir á los sucesores de César. Cierto que Octaviano y Antonio se pusieron de acuerdo para deshacerse del débil Lépidio, á quien se acusó de sospechoso, achacándole el estar en negociaciones con Pompeyo, arrebatándole la España y la Narbonense, de que se incautaron aquellos respectivamente, é indemnizándole interinamente con el Africa; pero las relaciones de los vencedores de Filipos traían en sí el germen de una nueva guerra. Esto, por desgracia, se mostraba hartamente claro á los romanos.

Ya en Filipos se repartieron ambos generales la tarea que debían llevar á cabo, comenzando por licenciar á los soldados que habían prestado bastantes servicios, á excepcion de 8,000 hombres que quisieron continuar en el ejército. Hecho esto, Antonio tomó ocho legiones y 10,000 jinetes, adjudicándose la tarea, al parecer fácil y brillante, de asegurar la dominacion de los cesarianos en Africa, de castigar á los partidarios de Bruto y Casio, y sobre todo, de hacerse con capitales suficientes para poder cumplir las inauditas promesas que los triunviros habían hecho á sus soldados, y cuyo total se calcula que ascendia á la enorme suma de 3,500 millones de reales.

Octaviano, á su vez, aceptó la ingrata tarea de conducir á Italia á las restantes legiones y á los licenciados, y de dar comienzo á la reparticion de recompensas, para lo cual era preciso arrojar de sus hogares á los habitantes de diez y ocho ciudades de Italia, en las cuales debían establecerse los veteranos. Solo un hombre de la inexorable dureza de Octaviano, que conocia perfectamente las flaquezas de sus rivales y que poseia extraordinaria perspicacia política, podia esperar hacer de aquella cruel tarea, que ponía en sus manos las principales comarcas de la nacion, una base para la posterior destruccion de Antonio. Su situacion fué pronto insopor-table: cierto que la provincia de Asia, merced á las exacciones cometidas en aquel país ya explotado horriblemente por



Sexto Pompeyo Marco Antonio y Octaviano Agripa

los republicanos, proporcionaba á Antonio cuantiosos recursos; pero de éstos pocos llegaban á Roma, pues el general se apoderaba sin consideracion alguna de parte de ellos, y no evitaba que otra parte cayera en poder de los hombres de su séquito. La instalacion de los veteranos en Italia encontró en el año 41 tres grandes obstáculos: por un lado, los habitantes de las 18 ciudades prometidas como recompensa á los soldados, se resistían, las mas de las veces apelando á la fuerza, á las expropiaciones de que se veían víctimas, y llenaban los aires de la península y de la capital con sus justas y amargas quejas: la indignacion se propagó pronto desde Ariminum hasta Reggio. Por otro lado, la indisciplina y la insolencia de una gran parte de los soldados, que en número de 34 legiones acampaban entonces en la península, llegaron á su colmo y se volvieron á menudo contra el mismo Octaviano. Por último, dábese la fatal circunstancia de que en la capital, donde entró durante la primavera del año 41 la familia de Antonio, que consideraba á este como el personaje mas importante del Estado y solo veía en Octaviano un joven importuno, hacia todos los esfuerzos imaginables para aumentar la confusion y las dificultades, pretendiendo sacar de ellas grandes ventajas para su causa. Los directores de la intriga eran la cruel megera Fulvia y uno de los cónsules del año, Lucio, hermano del triunviro, los cuales contaban con las simpatías que Marco Antonio tenia en el ejército, especialmente desde la batalla de Filipos, amen de los generales antonianos de la Galia, como Asinio Pollion, Planco, Ventidio y Fufio Caleno. La escuadra de Sexto Pompeyo y los escuadrones no vencidos del difunto Bruto, á cuyo frente se había puesto Domicio Eno-barbo, aumentaban las dificultades que rodeaban á Octaviano, imposibilitando las comunicaciones de Italia.

GRECIA Y ROMA

Todos los pasos amistosos y conciliadores que dió Octaviano cerca de la familia de Antonio, y todas las tentativas para despojar á las expropiaciones de su mayor dureza, no impidieron que Lucio y Fulvia consiguieran fanatizar contra Octaviano á una parte de los soldados y á una gran masa de los desesperados ciudadanos itálicos, valiéndose para ello las mas de las veces de infamias y calumnias, y apelando á los mas desleales medios.

XIII.— GUERRA PERUSÍNICA. ANTONIO EN ASIA. CLEOPATRA

La cruel animosidad entre Octaviano y sus enemigos, que hasta entonces se había manifestado simplemente por libelos infamatorios, se convirtió al fin en abierta lucha en el verano del año 41. Octaviano repudió á Clodia y se la envió á su madre Fulvia, y Fulvia, por su parte, con la esperanza de que una guerra civil haria olvidar á Antonio los encantos de la egipcia Cleopatra, sentó, con Lucio, en aquella época, su cuartel general en la fortaleza de Preneste. Mientras en el otoño de aquel año, Octaviano mandaba regresar á su legado Q. Salvidieno, á quien había enviado á España con seis legiones, y que había ya llegado á los Alpes, y comenzaba á maniobrar en persona contra el Sentino umbrío y la sabina Nursia, saqueando los templos para contentar á sus veteranos, Lucio ocupó momentáneamente la capital; pero no pudiendo resistir los ataques de Octaviano, hubo de refugiarse en la fortificada Perusa, ciudad asentada sobre peñascos que dió el nombre á esta lucha, donde le sitiaron Agripa y Salvidieno. Los caudillos galos de Antonio que no sabían cómo tomaría el triunviro oriental la indigna conducta de su familia, regresaron muy lentamente á la Alta Italia, contra lo que esperaba Lucio; en vista de lo cual, éste, despues de un largo sitio y acosado por los horrores del hambre, hubo de capitular á fines de invierno del año 40. El ejército que para su auxilio había formado en Campania Tiberio Claudio Neron se dispersó por completo, y este general hubo de huir con su bella esposa Livia Drusila y su hijo Tiberio, que contaba dos años, hácia donde se encontraba M. Antonio.

Octaviano, luego que entró en Perusa, puso en libertad á Lucio y á su ejército, pero los magistrados de la ciudad y 3 ó 400 senadores y caballeros allí reducidos á prision perecieron á manos del verdugo. La cuestion trascendental era entonces saber qué conducta seguiria, en vista de estas luchas, M. Antonio, cuya esposa Fulvia había huido á Atenas. De sus generales, Planco se había dirigido á Oriente y Asinio Pollion había reunido en Venecia siete legiones y ganado para la causa de Antonio al almirante republicano Domicio Eno-barbo, yéndose á reunir luego, como Ventidio, con su general en jefe. Por su parte Octaviano, con la muerte de Caleno, se encontró en situacion de poder ponerse al frente de las once legiones que este tenia en la Narbonense. En la primavera del año 40 se presentaba, pues, inminente la guerra decisiva entre Octaviano y Antonio.

Marco Antonio, despues de haber salido de Filipos, había dado un simple paseo militar por la Grecia y el Asia Menor, durante el cual su conducta nos ofrece una mezcla de los mejores con los peores rasgos de su naturaleza. Descuidado, sin un plan completo, abandonándose á los placeres del momento, poco severo de suyo, no titubeó en conceder gracia á los mas comprometidos republicanos helénicos, especialmente á Atenas, ni en inflamar el ardor de aquel sentimiento en Grecia con una larga permanencia entre los sabios del país y mostrándose benévolo hácia el pueblo, cuya conducta humilde y aduladora recompensó con la cesion que hizo á la pequeña república de las principales islas, como Egina, Icos, Ceos, Sciathos y Peparethos.

Cuando despues á principios del año 41 se dirigió á Efeso